

Carlos Card. Amigo Vallejo

En la carta encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II advierte sobre la responsabilidad de la Iglesia en el inexcusable ministerio de la «diaconía de la verdad». Es uno de los servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad. «Esta

, citation and similar papers at core.ac.uk

provi

anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios»¹.

Tal diaconía, la de la verdad, tiene unas exigencias ineludibles de fidelidad a lo que se ha recibido —creí y por eso hablé, dice san Pablo²—, que avalan, como criterio de garantía, al que quiera hacerse servidor de los misterios de Dios entre los hombres. Ese ministerio de la verdad requiere una imprescindible relación de coherencia entre lo que se cree, lo que se vive y lo que se manifiesta. Quien habla de Dios se convierte en testigo y servidor de la verdad. Sus palabras serán el reflejo coherente del pensamiento, y la conducta no puede ser sino una leal manifestación de lo que se vive. Pues el testigo de la verdad habla, no de su propia causa, sino de la de Aquel con el que se siente identificado.

Junto a la verdad aparece, inmediatamente, y como acompañante inseparable, la libertad: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). La fuerza de la verdad —*Veritatis splendor*— lleva al hombre a la auténtica libertad. La ignorancia y el prejuicio esclavizan, el orgullo nubla la mente y aleja de la luz y del amor. La teología, la ciencia, el saber, buscan sinceramente la verdad. Pero el hombre creyente debe recorrer ese camino del encuentro con la luz de la fe, por eso habrá que unir la investigación científica a la oración, ya que solamente así se puede estar abierto al sentido sobrenatural de la fe. Pues la verdadera sabiduría no es un simple humanismo, que en el hombre

1. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 2.

2. 2 Cor 4, 13.

comienza y en el hombre termina, ni tampoco una cultura personal, más pendiente de la propia perfección que del servicio a los demás. Es favor de Dios para quienes buscan sinceramente el honor de su nombre. Con palabras de Juan Pablo II: «La verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor»³.

Mas la verdad, para que resplandezca en todo su inestimable valor, tiene que estar unida a la caridad. Si nos sentimos vinculados a los demás, no es por una simple razón de pertenencia a una comunidad humana que debe cohabitar en el mismo mundo, sino por el imperativo del mandamiento nuevo del amor, que ha de distinguir a los discípulos de Cristo. «La religión tiene un papel vital para suscitar gestos de paz y consolidar condiciones de paz. Este papel lo puede desempeñar tanto más eficazmente cuanto más decididamente se concentra en lo que la caracteriza: la apertura a Dios, la enseñanza de una fraternidad universal y la promoción de una cultura de solidaridad»⁴.

Hay unas motivaciones simplemente humanitarias, sociales, solidarias, basadas en la dignidad de la persona, en la justicia, en el destino universal de los bienes de este mundo. Todo ello constituye un valor muy grande y debe ser cimiento imprescindible en el que nos apoyemos. Todo ello es justo, pero hay que seguir adelante. Como cristianos, y sin perder nunca esa consideración de la justicia, tenemos que avanzar más y considerar al otro, por muy diferente que sea, como un hermano, como un hijo de Dios. La tolerancia, así concebida, se convierte en virtud, pues expresa una manera de vivir el amor fraterno tratando de superar cualquiera de las barreras que levanta la diferencia.

La libertad es compañera inseparable de la caridad. Son muchas e importantes las razones que tenemos para poner en marcha los resortes más eficaces de la solidaridad. Sin embargo, ninguna motivación tan fuerte ni tan segura como el amor de Cristo. Un amor que impulsa a salir al camino y buscar a tantos hombres necesitados para hacer con ellos el imprescindible oficio del buen samaritano. En este caso, las heridas sobre las que hay que poner el bálsamo curativo son las del alejamiento de la verdad.

Si la diaconía de la verdad está unida a un testimonio coherente y libre ante los demás, nunca podrá reducirse a una explicación de conceptos, a unos razonamientos lógicos, a una descripción de hechos acontecidos. Si en el lenguaje se expresa la vida, los signos han de ser lo suficientemente significativos para que, a través de ellos, se haga reconocible el convencimiento de la verdad de aquellos que los ven o los escuchan. Entra aquí el tema de la cultura en la que viven los hombres. Solamente con el testimonio del hombre liberado en la verdad de Cristo se puede ser testigo creíble de la libertad.

3. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*; introducción.

4. ID., *Mensaje para la jornada mundial de la paz 2003*.

Diálogo, pues, con la cultura en un mundo amplio, global y disperso. Pero como la verdad tiene una incuestionable vocación de trascendencia, lo religioso no puede por menos que entrar en esa insoslayable tarea de la «diacónía de la verdad».

CULTURA Y GLOBALIDAD

No ha dejado de repetirse que la Iglesia salió del concilio Vaticano II con un nuevo talante de diálogo, apertura y hasta tolerancia. Sin dejar de considerarlo así, lo cierto es que en la Iglesia se estaba viviendo la necesidad de una transformación, tanto de actitudes y criterios, como de modos de comportamiento ante las distintas realidades culturales, sociales y religiosas que forman el entramado de la humanidad. Si la Iglesia era como una señal e instrumento de la íntima unión con Dios y con todos los hombres⁵, no cabía la menor duda de que se necesitaba el encuentro y el diálogo con todos los hombres en cualquier situación y cultura. Esa profunda reflexión sobre el misterio de la Iglesia como sacramento universal de salvación urgía la apertura y diálogo con el mundo.

La constitución pastoral *Gaudium et spes* no podía ser más explícita: «La Iglesia, en virtud de su misión de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en un signo de aquella fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero. Esto requiere que, en primer lugar, promovamos en la misma Iglesia la estima mutua, el respeto y la concordia, reconociendo toda legítima diversidad, para establecer un diálogo cada vez más fructífero entre todos los que constituyen el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles cristianos. Lo que une a los fieles es más fuerte que lo que los divide. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo»⁶.

Se iba formando y extendiendo una mentalidad nueva y unos comportamientos distintos, que no eran producto de una decisión convencional, sino de la madurez y el reconocimiento de los esfuerzos que se han ido realizando, en la misma Iglesia, en el deseo de estar muy presente en medio de las realidades en las que viven los hombres.

En la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, que es una mirada al futuro de la Iglesia, Juan Pablo II dice: «En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos

5. Cfr. *Lumen gentium*, 1.

6. *Gaudium et spes* 92.

períodos en la historia de la humanidad. El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz»⁷.

En el diálogo, el encuentro con la cultura ocupa un lugar importante. La Iglesia mira con respeto la cultura de todos los pueblos. La dedicación a la educación, a la formación y a los intercambios intelectuales, indica la consideración de la Iglesia por las culturas y los hombres de los distintos países⁸.

El fenómeno de la globalización incide también en el diálogo interreligioso y cultural. La misión evangelizadora de la Iglesia se desenvuelve en un mundo de muy variadas situaciones culturales y religiosas. Esta diversidad afecta a todos los continentes y todos los países. Es la aldea global⁹.

Si la cultura ha encontrado en la religión un fuerte apoyo para su desarrollo, conviene no olvidar la influencia de lo religioso en la cultura, ni tampoco la repercusión en las creencias de los valores culturales. Las diferencias religiosas no solo no han sido un obstáculo, sino una forma de mutuo enriquecimiento¹⁰.

La Iglesia aprecia y promueve los valores culturales que encuentra en otras tradiciones religiosas, que están en armonía con el evangelio y preparan el camino a la conversión a Cristo; los valores positivos transmitidos por las culturas tradicionales, «son apoyos sólidos para la inculturación de la fe, mediante la cual el evangelio penetra todos los aspectos de la cultura llevándolos a su plenitud»¹¹.

VERITATIS SPLENDOR O LA TOLERANCIA INTELECTUAL

Como el diálogo se realiza entre personas que viven en contextos sociales y formas culturales diversas, resulta imprescindible la aceptación del otro tal como él mismo quiere ser, y cuanto más se le valore en su propia identidad, más se podrá apreciar el grado de verdad que hay en cada uno. Pero, ha de quedar bien claro que ni el respeto ni la estima hacia los demás puede conducir a silenciar los propios convencimientos¹².

Juan Pablo II considera que «es cosa noble estar predispuestos a comprender a todo hombre, a analizar todo sistema, a dar razón a todo lo que es justo; esto no significa absolutamente perder la certeza de la propia fe, o debilitar los principios de la moral, cuya falta se hará sentir bien pronto en la vida de sociedades enteras, determinando entre otras cosas consecuencias deplorables»¹³.

7. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 55.

8. Cfr. ID., *A los obispos de África del Norte*, Túnez 14-4-96.

9. Cfr. ID., *Para una pastoral de la cultura*, 23-5-99.

10. Cfr. ID., *El Cairo*, 24-2-00.

11. ID., *Para una pastoral de la cultura*, 23-5-99.

12. Cfr. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 53.

13. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 6.

El diálogo tiene una condición imprescindible: la libertad y la lealtad a la propia identidad humana y creyente. Sin libertad, cualquier posibilidad de comunicación está secuestrada. El hombre queda atrapado por los impedimentos, externos o interiores, que bloquean la interrelación. Si se pretende camuflar la propia identidad, el diálogo resulta falso, engañoso y fraudulento, y se tendría la impresión de estar utilizando a la persona con una finalidad interesada y oculta.

A la libertad tendrá que acompañarle la justicia. No se puede pretender llevar la felicidad a los demás si la sociedad misma no está construida sobre el diálogo. Y este diálogo, apoyado en la confianza que supone la justicia y la misericordia. Igualdad y libertad necesitan de la ley y de la justicia. Pero no es suficiente con la justicia, sino que es necesario el amor y la misericordia¹⁴.

Habrà que superar prejuicios y malentendidos y ser tolerantes respecto a las diferencias, caminando hacia una confianza mutua y respetando la responsabilidad y el derecho de cada uno¹⁵. Ni el respeto ni la estima hacia estas religiones implica para la Iglesia silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo, pues todos tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo. Si el diálogo es un medio para el acercamiento entre religiones, también esta forma de comunicación tiene sus límites, motivaciones y valores. «El diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que sopla donde quiere. Con ello la Iglesia trata de descubrir las semillas de la Palabra, el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres, semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad»¹⁶.

Una imagen espléndida de la verdad es la que muestra la encíclica del Papa Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia. Si *splendor* en su raíz más genuina significa, al mismo tiempo, irradiación e imagen, espléndida imagen de la verdad es la libertad que puede elegir, iluminada por Dios, el camino del bien. Hará falta, eso sí, que el hombre, por su parte, acuda a esa cita de la reflexión con honradez y esfuerzo intelectual en el corazón y en la mente, pues sólo de esa manera podrá llegar a la verdad.

Existen fundamentalismos de todo tipo. Uno muy peligroso es el intelectual, por sectario y manipulador de la verdad. La tolerancia o está firmemente basada en la verdad y en el respeto a la libertad de pensamiento o se convierte en una forma más de imposición y prepotencia. La «tolerancia intelectual» necesita una buena dosis de elevación de miras, de anchura de horizontes, de verdad y recíproco respeto, de solidaridad intelectual, de aceptación positiva de la diferencia, de profundidad espiritual y de oración. Habrá que pasar de la

14. Cfr. JUAN PABLO II, *A la comunidad musulmana*, Da vao, 20-2-81.

15. Cfr. ID., *A los representantes de la comunidad musulmana*, Yaoundé, 12-8-85.

16. ID., *Redemptoris missio*, 56.

superficialidad a la reflexión; del pragmatismo a la consolidación de valores permanentes; del relativismo omnipresente a la estabilidad de las convicciones; del infundado agnosticismo, a la posibilidad de la fe; de una enfermiza timidez a expresar las propias creencias y convencimientos a un sincero ofrecimiento, en obras y con palabras, de la religión que se profesa. Superando la simple tolerancia, como presunción de autosuficiencia.

Juan Pablo II nos lo ha dicho con gran claridad y firmeza: «El diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros. No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito. Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente por la Declaración *Dominus Iesus*, no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario, para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar»¹⁷.

DIÁLOGO NECESARIO

Los creyentes tienen una importante misión que cumplir. Olvidando el pasado y mirando al futuro, están llamados al arrepentimiento, a revisar su conducta, a ser consecuentes con su condición de hermanos. El diálogo es algo prioritario. Conociéndose mejor y apreciándose recíprocamente en el respeto a la conciencia de cada uno, serán artífices de la paz¹⁸. No podemos, por tanto, prescindir del diálogo y, particularmente, de aquel que conduce al encuentro entre creyentes.

La encíclica *Ecclesiam suam*, de Pablo VI, puede considerarse como la carta magna del diálogo. El mismo Pablo VI¹⁹ exponía la finalidad y hacía el resumen del documento: que la Iglesia tome conciencia de sí misma y de su misión, de la necesidad de renovación y de su camino apostólico: el diálogo con el mundo es imprescindible. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio. Un diálogo de salvación.

«Nuestra misión —decía Pablo VI— aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada por coacción externa, sino tan sólo por los legítimos caminos de la educación humana, de la persuasión interior y de la conversación ordinaria, ofrecerá su don de salvación, quedando siempre respetada la libertad personal y civil. El diálogo de la salva-

17. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 56.

18. Cfr. ID., *Al Cuerpo diplomático*, 11-1-92.

19. Cfr. *Audiencia* 6-8-64.

ción se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna (...). El diálogo debe manifestar un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil (...) no puede separar su propia salvación del empeño por buscar la de los otros»²⁰.

Pablo VI expone, con admirable pedagogía, las características del diálogo: claridad, inteligibilidad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica. El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. «Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato, ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. Confía en el valor de la propia palabra y en la disposición para acogerla por parte del interlocutor. Promueve la familiaridad y la amistad; busca el bien y excluye el egoísmo. Con el diálogo así realizado se cumple la unión de la verdad con la caridad y de la inteligencia con el amor»²¹.

DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Los encuentros celebrados en la ciudad de Asís, con la participación de Juan Pablo II, de líderes cristianos y de otras tradiciones religiosas, han marcado esa nueva época del diálogo entre religiones y también han sido considerados como uno de los momentos más significativos del diálogo interreligioso. Primero fue en 1996, luego en el 2002. Se habla ya del «espíritu de Asís», es decir: del empeño de todos los creyentes en buscar y construir la paz.

No se pueden olvidar los valores espirituales y morales que existen en las diversas confesiones religiosas no cristianas y que expresan unos ideales compartidos de aspiración por la libertad religiosa, la fraternidad entre todos los pueblos, la ayuda social... Juan Pablo II, ante estos ideales comunes, ofrece un diálogo posible en el recíproco y leal respeto a cada uno²².

Las declaraciones del Concilio Vaticano II abrirían una nueva época en el diálogo interreligioso. La Iglesia reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se hallan en la estirpe de Abraham. A la vista de los lazos especialísimos que ligan a cristianos y judíos, el Concilio recomienda el mutuo conocimiento y la mutua estima²³.

No se puede invocar a Dios Padre sin abrigar eficaces sentimientos de afecto fraterno hacia todos los hombres²⁴. Es por ello que «la Iglesia respeta y estima estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismas el eco de milenios a la búsqueda

20. PABLO VI, *Ecclesiam suam*, 29 - 30.

21. *Ibidem*, 31.

22. *Ibidem*, 40.

23. Cfr. *Nostra aetate*, 4.

24. Cfr. *ibidem* 5.

de Dios; búsqueda incompleta, pero, hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables “semillas del Verbo” y constituyen una auténtica preparación evangélica»²⁵.

Aunque el diálogo interreligioso suponga el acercamiento entre personas y grupos diversos, comunicación, intercambio, relación y amistad, en forma alguna puede reducirse a unas palabras, sino que supone dar participación de algo de la propia vida, creyente en este caso, a otras personas. «La Iglesia se abre al diálogo por fidelidad al hombre. En cada hombre y en cada grupo humano se dan la aspiración y la exigencia de ser considerados y de poder actuar como sujetos responsables, bien cuando se advierte la necesidad de recibir, bien sobre todo cuando son conscientes de poseer alguna cosa comunicable. Las ciencias humanas subrayan que, en el diálogo interpersonal, el hombre experimenta sus propios límites, pero descubre también la posibilidad de superarlos; comprende que no posee la verdad en modo completo y total, pero puede caminar confiado hacia ella junto a los otros. La mutua verificación, la corrección recíproca, el intercambio fraterno de los respectivos dones favorecen una madurez siempre mayor que genera la comunión interpersonal. Las mismas experiencias y puntos de vista religiosos puedan ser purificados y enriquecidos en este proceso de confrontación»²⁶.

El diálogo interreligioso no es una simple exigencia práctica ni una oportunidad circunstancial. No se puede concebir una vida eclesial no dialogante²⁷. La Iglesia busca la unidad manteniendo y promoviendo relaciones fraternas con todos, con espíritu de diálogo, de colaboración entre los discípulos de Cristo con los demás creyentes y con todos los hombres de buena voluntad. Ello no puede menos que contribuir al bien común. «En una sociedad en la que se desarrolla el pluralismo religioso, también resulta cada vez más necesario dedicar una atención particular a las relaciones con los musulmanes. Un conocimiento auténtico de los valores espirituales y morales del Islam, basado en una voluntad de respeto mutuo, facilitará una mayor comprensión y una sincera aceptación de la libertad religiosa. Desde esta perspectiva, os animo, como ya hacen algunos de vosotros, a formar a expertos en ciencias de las religiones y en cuestiones interreligiosas, que sean capaces, con clarividencia y sabiduría, de entablar un diálogo auténtico con los demás creyentes y aconsejar a las comunidades cristianas más directamente afectadas»²⁸.

Con firmeza y claridad, pero la Iglesia no quiere hacer del diálogo un intento de imponer a los demás los propios puntos de vista. Lo que nos exige a

25. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 53.

26. SECRETARIADO PARA LOS NO CRISTIANOS, *La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones*, 1984.

27. Cfr. JUAN PABLO II, *Angelus*, 13-3-94.

28. ID., *A la Conferencia episcopal centroafricana*, 3-11-99.

todos es que, permaneciendo fieles a aquello que creemos, nos escuchemos respetuosamente unos a otros, pro c u remos discernir todo lo que hay de bueno y santo en las enseñanzas de cada uno, y contribuyamos a apoyar todo lo que favorece el entendimiento mutuo y la paz²⁹.

No se puede prescindir de una relación con las religiones no cristianas, pues cada una de ellas expresa lo que los hombres tienen en común y acerca al misterio de la existencia. También las religiones no cristianas son expresión de la búsqueda de Dios y de la presencia del Verbo de Dios en los corazones de los hombres y en las realizaciones de la cultura y de la civilización.

Primero fue la declaración *Nostra aetate*, como el gran documento del Vaticano II sobre el diálogo interreligioso y la declaración acerca de las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Después, la exhortación *Evangelií nuntiandi*, de Pablo VI, en la que no podía faltar el tema del diálogo interreligioso, en este importante documento sobre la evangelización del mundo contemporáneo.

En su primera encíclica, *Redemptor hominis*, Juan Pablo II no podía olvidar el gran paso dado por el Concilio en la relación con otros grupos religiosos: «El Concilio ecuménico ha dado un impulso fundamental para formar la autoconciencia de la Iglesia, dándonos, de manera tan adecuada y competente, la visión del orbe terrestre como un “mapa” de varias religiones. (...). El documento conciliar dedicado a las religiones no cristianas está particularmente lleno de profunda estima por los grandes valores espirituales, es más, por la primacía de lo que es espiritual y que en la vida de la humanidad encuentra su expresión en la religión y después en la moralidad que refleja en toda la cultura. Justamente los Padres de la Iglesia veían en las distintas religiones como otros tantos reflejos de una única verdad, “como gérmenes del Verbo”, los cuales testimonian que, aunque por diversos caminos, está dirigida, sin embargo, en una única dirección la más profunda aspiración del espíritu humano, tal como se expresa en la búsqueda de Dios, de la plena dimensión de la humanidad, es decir, del pleno sentido de la vida humana»³⁰.

De esta manera tan firme lo expresaba el Papa: «En esta perspectiva se sitúa también el gran desafío del diálogo interreligioso, en el cual estaremos todavía comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II. En los años de preparación al Gran Jubileo, la Iglesia, mediante encuentros de notable interés simbólico, ha tratado de establecer una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones. El diálogo debe continuar. En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad. El

29. Cfr. JUAN PABLO II, *Tierra Santa*, 23-3-2000.

30. ID., *Redemptor hominis*, 11.

nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz»³¹.

El magisterio de Juan Pablo II acerca del diálogo con el Islam es tan explícito como abundante. Tanto los documentos publicados, como sus discursos y alocuciones, y la relación personal con distintos sectores musulmanes, ofrecen un amplio campo de doctrina y de indicaciones prácticas para ese deseado encuentro religioso. Ha sido el Papa que se ha hecho presente en numerosos países de mayoría musulmana y visitado alguna mezquita. «Los musulmanes adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma, como se sometió a Dios Abrahán, a quien la fe islámica mira con complacencia. Pero aún hay más: los seguidores de Mahoma honran también a Jesús: Aunque no reconocen a Jesús como Dios, lo veneran como Profeta; honran a María, como su Madre virginal, y a veces la invocan devotamente. Esperan, además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por ello aprecian la vida moral y honran a Dios, sobre todo, con la oración, las limosnas y el ayuno»³².

Nadie puede dudar que el Vaticano II ha supuesto un cambio radical de actitud respecto al Islam. Lo que antes podía ser la disposición de algunas individualidades o de un grupo o familia religiosa, hoy es algo asumido por toda la Iglesia. Aunque con no pequeñas dificultades.

EL ESPÍRITU DE ASÍS

En el *Decálogo de Asís para la paz*, que se publicó a raíz del encuentro interreligioso de enero de 2002, queda perfectamente reflejado el espíritu del diálogo que busca sinceramente el encuentro con la verdad. Comenzará por el compromiso de educar a las personas en el respeto y la estima recíprocos. Solamente así se puede llegar a una convivencia pacífica y solidaria entre los miembros de etnias, culturas y religiones diversas. Existe un verdadero y eficaz deseo de avanzar en la cultura del diálogo, para que aumenten la comprensión y la confianza recíprocas entre las personas y entre los pueblos. Habrá que hacerlo «con sinceridad y paciencia, sin considerar lo que nos diferencia como un muro insuperable, sino, al contrario, reconociendo que la confrontación con la diversidad de los demás puede convertirse en ocasión de mayor comprensión recíproca».

En llevar adelante este espíritu de diálogo estamos todos comprometidos. Es uno de los grandes desafíos del futuro. Así lo ha dicho Juan Pablo II. Es seguir en la línea indicada por el Concilio Vaticano II en un mundo marcado por una situación de pluralismo cultural y religioso³³.

31. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 55.

32. ID., *Audiencia general* 5-6-85.

33. Cfr. ID., *Novo millennio ineunte*, 55.